

DRAMATICO

Por CARLOS SENTIS

Con esto queda apuntada una de las dos graves fallas de Charlie Chaplin. Más adelante enlazaré ésta con la segunda. Pero antes quiero pararme un momento en este último «caso» del vapuleado Barba Azul, que ya rompió su tercer matrimonio. Fué en éste su penúltimo caso el de Paulette Goddard, cuando demostró lo fácil que para Charlot es confundir la belleza física con el talento. Pero el caso de Joan Berry constituye ya una demostración abrumadora. Chaplin, con ella, se propuso hacer el Pigmalión en el campo de la realidad. Quiso, por lo visto, imitar al Leslie Howard de la inolvidable película extraída de la obra de Bernard Shaw. Ante el Tribunal ha dicho que se propuso ser el mentor espiritual e intelectual de esa pobre chica de Detroit, porque además vió en ella un color pardo en los ojos que podían dar mucho de sí ante la cámara. «Pero fracasé —ha dicho—, porque es una chica inarticulada.»

Debe de tener razón Chaplin, aunque se haya dado cuenta de ello tan tardíamente; pero lo que es ante el Tribunal, la tal chica ha sabido articular una lluvia de conceptos que han dejado al pobre Chaplin medio sepultado.

Ha sido después de este proceso cuando un senador ha pedido, como ustedes habrán podido leer recientemente en telegramas de las Agencias, la expulsión de Charles Chaplin de los Estados Unidos, cosa lógicamente posible, puesto que nunca ha renunciado a su nacionalidad inglesa.

Sería difícil calibrar desde aquí hasta qué punto esta petición obedece solamente a motivos de preservación de las buenas costumbres. Porque no hay que olvidar que, con un magnífico sentido ético, el concepto de la moralidad, para los americanos, alcanza más allá de las costumbres para llegar al terreno de las políticas subversivas. Y con eso llegamos al otro aspecto de la personalidad de Chaplin, que, como aludíamos, constituye su segunda falla, y que también podemos enlazar con este mismo proceso instado por Joan Berry. A través de las declaraciones, se ve con cuánto tesón y pedantería Charles Chaplin hablaba con esta inculta muchacha de la salvación del mundo, de los ricos, de los pobres, de los encopetados y hasta del segundo frente. Incluso un día en que Joan Berry le pedía aumento en sus veinticinco dólares semanales, Chaplin le replicó: «¡Oh! Joan, siempre me vienes con estas ideas fascistas.»

Esta manía de la política no le ha dejado a Chaplin un solo momento desde que filmó su película *Tiempos modernos* hasta ahora mismo, en que hace tanta guerra a la pobre Greta Garbo por haber interpretado *Ninoschka*. De hecho, desde hace cerca de diez años, Chaplin se ha considerado un faro para la Humanidad. Pero un faro que destella rojo. A través de esos destellos ha llegado a Rusia con fabuloso éxito. Actualmente se proyectan allí hasta sus films más antiguos, los mismos que antes estaban prohibidos por su ambiente «burgués». Los soldados rusos le mandan mensajes y hasta osos de regalo, y él les manda otros mensajes y fotografías dedicadas.

Y así es como el multimillonario se convierte, por su ingenuidad, en un agente maguífico del comunismo.

Esto es una demostración —hay casos a la inversa— de lo



Joan Berry con su hija ante el Tribunal que ha fallado el pleito

que pueden acarrear en política los «aficionados». La plaga de «aficionados» con cabeza en ebullición de centenares de ideas políticas, pero que ignoran las tres ideas claras que hay que tener para vivir ecuanímente. Ellos son los primeros en sufrir las consecuencias. Y, después, todos los demás.

Por eso nosotros distinguimos una misma persona en dos y les decimos a cada una de ellas:

A Charlot: Dedíquese a su arte inigualable. No interrumpa la serie de sus películas que son otros tantos eslabones de la Historia cinematográfica. Es usted genial. Le admiramos sin reservas...

A Charles Spencer Chaplin: Su persona, fuera del cine, no nos interesa demasiado. No nos la proyecte usted, por favor. Desearíamos que su vida privada fuese realmente privada. Viva usted con sus millones en California, que ya está bien. Y, sobre todo, ahórrenos sus orientaciones y consejos políticos, que no está el horno —el mundo— para bollos.